

Paisaje y Poblamiento del Nororiente Andino Colombiano: La Etnia de los Chitareros en el Siglo XVI

*Leonardo Moreno González**

Resumen

En este artículo se exponen y se analizan varios aspectos sobre la etnia de los Chitareros que en el siglo XVI, habitaba territorios de las actuales Repúblicas de Colombia y Venezuela. El propósito es iniciar el conocimiento de su desarrollo social y cultural y su interacción con el paisaje, buscando propiciar interés en los investigadores de ambas naciones, para entender la territorialidad de la etnia y su legado cultural a través del proceso de mestizaje, como elemento aportante a la actual "identidad cultural regional" en términos de unos patrones comunes culturales en la frontera común, que de alguna manera inciden en el comportamiento social y la conciencia de los grupos humanos fronterizos de ambos países.

Términos claves: Población, grupo étnico, cultura, territorio.

* Antropólogo, Universidad Nacional, Colombia. Master Universidad de Las Américas, Puebla-México. Profesor Asociado, Escuela de Ciencias Sociopolíticas, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, Colombia. E-mail: imoreno@uis.edu.co

Abstract

Exploration and Population of the Northeastern Colombian Andes and the Ethos of the Chitareros Indians in the 16TH Century

Territories which now form part of Colombia and Venezuela were colonized and miscegenated and the resultant culture is now common to both countries along the Andean frontier. Various aspects of the Chitareros tribes are discussed in view of establishing this cultural link.

Key words: Population, ethnic group, culture, territory.

1.- El Marco de la Conquista Española

La comunidad indígena de los Chitareros, desde 1530 fue sometida a un proceso acelerado de conquista y mestizaje, cuya consecuencia inmediata fue la rápida extinción de la etnia. Desde el punto de vista del concepto político "de nación indígena", los chitareros se agruparon, bajo la forma de una "Confederación étnica", de la cual participaron varios grupos de la misma lengua, pero con características regionales.

El territorio de esta Confederación se extendía desde el Estado Táchira, en la hermana República de Venezuela, hasta el noroccidente y el sur del Departamento de Norte de Santander y la parte nororiental de Santander (ver mapa). El primer encuentro directo de los españoles con los aborígenes Chitareros, se realizó con la hueste dirigida por Ambrosio Alfinger en el año de 1530, quién salió de Venezuela, atravesando el territorio agreste de la cordillera Oriental, hasta llegar al valle del río Magdalena. En este valle, el conquistador giró de nuevo hacia la citada cordillera, cruzando el río Servitá (límite entre las etnias Guane y Chitareros), y el páramo de Santurbán, hasta llegar al territorio de los Chitareros.

Los españoles, después de 10 años, es decir en 1540, realizaron el segundo y definitivo encuentro de guerra con los chitareros, cumpliendo con la orden expresa del Gobernador del Nuevo Reino de Granada el Licenciado Miguel Díaz de Armendáriz. Gracias a esta orden, salió el capitán Ortún Velasco con una hueste de 75 españoles y con un grupo de indígenas ladinos anaconas, quién en su recorrido fundó la ciudad de Pamplona, como centro español, para controlar evangelizar y someter a las leyes españolas a todas las etnias de la Confederación Chitarera.

En el mismo proceso de conquista de los Chitareros, a la hueste de Velasco, se le unió la de Pedro de Ursúa con 47 indios conformándose un grupo significativo de 122 españoles con su respectiva comitiva de indígenas anaconas, lo que les permitió proseguir su recorrido hasta al valle del Zulia y con ello, conquistar todo el territorio de la mencionada etnia.

2.- Territorio, Paisaje y Asentamientos Humanos

En la República de Colombia, el territorio de la etnia de los Chitareros no está aún definido por las escasas investigaciones arqueológicas y etnohistóricas, sin embargo en términos generales se considera que ocuparon tierras de los actuales Departamentos de Norte de Santander y Santander, a lo largo de una franja de la cordillera Oriental de los Andes, ubicada en lo que geológicamente se denomina como Macizo de Santander y que incluye los páramos de Chucarimal, Berlín, Santurbán y del Almorzadero.

Esta franja, se extendía, en el Departamento de Norte de Santander, al norte, desde el río Sardinata, hacia el sur, hasta los ríos Valegrá y por el noroccidente, en el Departamento de Santander, desde los ríos Suratá y la cuenca alta del río Lebrija y hacia el suroccidente hasta los ríos Chicamocha y Servitá (ver mapa). Asimismo en la actual República de Venezuela, se asentaron en los valles limítrofes con el Estado Táchira, en San Cristobal y Mérida. "...Los umbrales de la Provincia de los Chitareros corre entre las de Tunja y Mérida, por cuarenta leguas de longitud..." (Fernández de P., 1973: 446).

El territorio de los Chitareros es muy accidentado por pertenecer a las cadenas montañosas del sistema montañoso andino, con distintos pisos térmicos y ambientes ecológicos, que proporcionaron una gran oferta de recursos naturales y cuya fisiografía es cortada por los cañones de ríos profundos, generando marcados contrastes fisiográficos entre la parte alta montañosa y la parte baja de los valles, en donde los Chitareros establecieron distintas pautas de vivienda.

Los asentamientos chitareros se ubicaban principalmente en tres tipos de paisajes: el primero, de páramos gélidos, localizados en las partes más altas de la cordillera Oriental, de relieve semiplano – alomado y de temperatura muy fría, el segundo, montañoso de relieve quebrado, colinado y de laderas medias, de temperatura fría y templada y el tercero, de valles intermontanos estrechos de relieve plano y temperatura cálida, lo cual les permitió el control de los pisos térmicos: paramuno, frío, templado y cálido.

Las características ambientales de la zona de páramos y su incidencia extrema sobre las poblaciones indígenas se pueden valorar según la descripción de los cronistas del siglo XVI, tal como se hizo con el páramo de Santurbán: «llano y de grandes prados, sin monte alguno, por el cual caminan todo el día. Tómosle allí la noche de aquel día, en tras grandísimo frío, agua y viento que, el que mejor cama tuvo, tenía los pies en el agua asentados, dando tenazadas con los dientes, tembló de frío, sin lumbre y sin comer y sin ropa ni abrigo alguno» (Fernández de Oviedo y Valdés, 1962:Vol I:205).

Asimismo las características agrestes y los extremos ambientales colocaron barreras para definir los sitios de asentamiento humano, tal como lo da a entender las descripciones de Fray Pedro Simón: «tan áspero de páramos, fríos, aguas, nieve, viento y granizo, que puso en peligro a todos, por no poder de ninguna manera, aunque caminaban a pie, entrar en calor» (Simón, 1981:TI:207).

En contraste, otra parte de la comunidad chitarera se asentó sobre los valles intermontanos, con pisos térmicos desde el frío hasta el cálido y con variados sistemas ecológicos que permitieron un control vertical de los pisos térmicos y en condiciones mucho más benignas para el asentamiento humano, como el valle de Rabicha, de Santiago, de Zulia, Chinacota, Ima etc.

3.- Características y Organización Social de los Chitareros

3.1. La Gente Chitarera

La sociedad aborígen chitarera estaba conformada por indígenas pertenecientes a la misma Familia Lingüística Chibcha: «es toda gente de mediano cuerpo bien asentado y de color como los demás indios» (Aguado, 1956:TI:465-466). Fray Pedro Simón aunque menos explícito dice: «Los indios Chitareros de esta provincia han sido siempre de buena masa y condición (Simón, 1981:TIII:316), mención que manifiesta una contextura fuerte de la comunidad indígena establecida en estos valles fértiles.

El fraile Pedro de Aguado se refirió a los Chitareros de clima templado y cálido en los siguientes términos: «La gente de todo este valle de Santiago y aun algunas poblaciones y valles a él comarcanos, son indios de buena disposición y bien hechos y proporcionados y bien agestados, harto más que las mujeres. Preciase mucho del cabello, pero no todos los traen tendidos, sino recogidos y revueltos a la cabeza,

la cual traen cubierta con ciertas hojas anchas que la tierra cría, produce en partes húmedas y montuosas» (Aguado 1956:TII:357).

3.2. Vestidos y Adornos de los Aborígenes Chitareros

Los pisos térmico, cálido y frío, permitían que los vestidos y adornos de los chitareros fueran sencillos, como se desprende de la descripción del cronista en el valle de Santiago. «Ninguna cosa traen sobre sus cuerpos, más todos los varones andan desnudos en carnes, por honestidad traen el miembro genital atado a una cabuya o hilo que tren ceñido por la cintura» (Aguado, 1956:TII:347) y las mujeres traen, como las de Mérida, unas salamayetas vestidas que les cubre casi todo el cuerpo, que son de hilo de cabuya y hechas a manera de sacos angostos y largos.

3.3. La Familia Aborigen Chitarera: ¿Matrimonio desde la niñez?

El sentido de responsabilidad familiar y de la procreación se adquiría desde la infancia, lo que iba definiendo un conocimiento claro de la institución matrimonial: «tiene por costumbre de en naciendo el hijo o hija casarlo y darles compañero o compañera de su propia edad, los cuales se crían juntos y duermen juntos y están juntos en su infancia y pericia y juventud sin consumir cópula carnal ni llegar el marido a la mujer hasta tanto que a ella le baje su mujeril costumbre, y si antes esto hiciese serían entrambos castigados gravemente por sus padres y parientes, porque, como he dicho, entre ellos no hay principales, y si se tiene algún respeto o veneración es a algún pariente que tiene muchos hijos e hijas y posee más labranzas y bienes temporales que los demás, y que por esta vía vive o ha vivido tiránicamente, y que por esta causa pueda castigar civil ni criminalmente ni entremeterse en otras diferencias populares y particulares, porque en esto tienen ellos su antigua costumbre convertida en ley inviolable y que se guarde enteramente» (Aguado, 1956:TII:357 - 358).

Las reglas sociales para la etapa de iniciación y la opción de matrimonio eran claras: "El día que a la mujer le baja su regla la primera vez, da ella la noticia de ello a sus padres, los cuales lo hacen saber a todos los demás deudos y parientes suyos, y a los padres y parientes del desposado, todos los cuales se juntan y celebran las bodas con mucho regocijo de bailes y cantos a su modo, mezclando con todo el vino que pueden juntar, y el que allí puede beber más aquel que se tiene por mejor; y aunque se emborrache no por eso pierde ninguna reputa-

ción, ni honor de su persona, porque entre ellos hay tampoco rastro de esto ni de honra, que ni hay injuria ni afrenta que les dé pesadumbre ni que les haga aborrecerse los unos a los otros, excepto dos, que son el hurtar y fornicar con mujeres ajenas [...]. Acabadas las fiestas de las bodas, que como he dicho, todo es beber, cantar y bailar, luego les hacen a los desposados su casa aparte donde vivan por sí; porque hasta este tiempo, aunque estaban juntos, estaban en casa de los padres y parientes de la moza o desposada" (Aguado, 1956:TII:358).

En la institución matrimonial, era clara la disposición respecto al comportamiento sexual y la valoración social de la mujer: «Los adúlteros no la venga del marido, sino los hermanos y parientes de la mujer, que es a su cargo el satisfacer esta injuria con matar el fornicador, con que el marido, que es el agraviado, se tiene por satisfecho y se queda con la mujer en su casa muy contento; y si esto no se hace, él echa la mujer de sí y la repudia como adúltera y fornicaria, a la cual sin recibir otro daño ni afrenta más de aquestas del repudio, que es muy grande entre ellos, se vuelve a casa de sus padres o hermanos" (Aguado, 1956:TII:358).

El comportamiento social de los chitareros tenía reglas claras, asociadas a la apariencia ante los demás. Sobre los cabellos y su representación de dignidad social y tal vez, como señal de rango y status social, se puede observar en la encomienda del alcalde de Minas de Vetas y de su responsable Martín de Meuario: «con quienes ejecutó las crueldades dicho Martín de Meuario, uno de ellos llamado Lucas, de la encomienda Tutepa, murió en la prisión, y otro llamado Mateo de la encomienda de Bábega, habiendo hecho fuga con una corma echada y quitado el cabello, se precipitó por una ladera y se hizo pedazos; y se debe presumir lo hizo por haber sido trasquilado» (A.G.N. Caciques e Indios, TXXXII:F645-666).

4. Los Patrones de Asentamiento de la Etnia Chitarera

Los patrones de asentamiento se entienden como las respuestas histórico - cultural que expresan el marco de la adaptación humana, como resultado de la relación entre los grupos humanos y el ambiente natural, la cual conforma un sistema interrelacionado, que le da sentido a la vida cotidiana, abarcando por consiguiente aspectos como: la vivienda, las tecnologías agrícolas, la red de caminos, las costumbres funerarias y las evidencias de su mundo simbólico.

4.1. Las Pautas de Vivienda

Según las fuentes etnohistóricas, una parte de los grupos chitareros ubicaban sus sitios de vivienda de manera dispersa en zonas altas de páramos con temperatura muy fría: «Esta provincia de los Chitareros es toda de serranía, y algunas muy altas así como las que llaman del páramo de Pamplona; las cuales son tan fridísimas que muchos indios han perecido y muerto de frío, quedándose riendo y los ojos abiertos. Hay otros valles donde están las poblaciones de los indios de las riberas de los ríos, por ser más templadas» (Aguado, 1956:TI:466).

La otra parte de la población de los Chitareros, se asentaba bajo una pauta seminucleada o nucleada, en los valles y hoyas de los ríos con temperaturas menos extremas que la de los páramos y con una gran variedad ecológica: El cronista Aguado hablando de los aborígenes del valle de Santiago dejó su testimonio sobre la primera pauta: «Viven en barriezuelos o lugarejos de ocho o diez bohíos juntos, y el que llega a veinte son muchos» (Aguado 1956:TII:347), mientras que Fernández de Oviedo relata la presencia de poblados grandes, que representan una pauta nucleada en Silos: « 'más de 800 bohíos' asentados entre pequeñas quebradas, y al cual no llego el conquistador, al parecer por temor de ser atacados por los nativos que eran así muy numerosos y su hueste estaba muy mermada. En este pueblo los nativos almacenaban maíz en 'Silos' » (Fernández de Oviedo y Valdés, 1959:TIII:35).

4.2. La Agricultura

La localización de asentamientos chitareros en distintos paisajes y ambientes ecológicos les permitió la explotación económica de varios pisos térmicos sucesivos, logrando una gran oferta de recursos alimenticios. Sin embargo, para la zona de ocupación de los Chitareros, los cronistas no dejaron testimonios de grandes obras de ingeniería para fines agrícolas, lo que da pie para pensar, que la agricultura – como la mayor actividad económica - se realizó utilizando la técnica de roza, tumba y quema, tal como lo hacen varias comunidades indígenas y campesinos de las regiones cercanas.

La variedad ecológica y térmica y la técnica de roza, tumba y quema, permitió una mayor abundancia de alimentos: «Ortún Velasco llegó dos días después, sin que al uno ni al otro capitán les sucediera cosa contraria a su viaje, porque así al uno como al otro los naturales por donde iban les salían con mucha comida de la que en sus casas y

tierras tenían, sacándoles así mismo mucha cantidad de calabazos del brebaje o vino que ellos tienen, el cual hacen de maíz y otra raíz que se dice yuca. A estos calabazos llamaban los naturales chitareros, y por salir con tanta cantidad de ellos, los españoles llamaron a los naturales de estas provincias chitareros» (Aguado, 1956:TI:461-463).

La variedad ecológica permitió que en la dieta alimenticia de los indígenas Chitareros se incorporaba una variada cantidad de alimentos, en lo que se demuestra un manejo importante del hábitat en sus diferentes pisos térmicos con una producción intensiva de alimentos con la cual se intercambiaba. Así que además de maíz se cultivaba la papa, la yuca, el cacao entre otros tubérculos: «los mantenimientos que tienen, dice, son maíz, panizo, yuca, batatas, raíces de apio, frijoles» (Aguado, 1956:TI:466).

La alimentación de los pobladores se complementaba con proteína animal: «curíes, que son unos animalejos como muy grandes ratones, venados y conejos. Las aves son: paujjes, que son unas aves negras de tamaño de pavas de España; hay también pavas de la tierra, que son poco menores que los paujiles, papagayos, guacamayas de la suerte de papagayos, etc.» (Aguado, 1956:TI:466). Asimismo se alimentaban con frutas: «curas, guayabas, piñas, caimitos, uvas silvestres como las de España, guamas, que es una fruta larga casi como cañafistola, palmitos y miel de abejas criada en los árboles» (Aguado, 1956:TI:466).

4.3. EL Comercio

Los Chitareros tenían un comercio dinámico con sus vecinos andinos como los Guanes, Muiscas, Laches – Tunebos y con indígenas del lago de Maracaibo, a juzgar por la presencia de caracoles en el territorio chitarero. Asimismo el cronista al hablar del intercambio permite conocer la importancia de algunos productos agrícolas en la vida económica y social de los Chitareros, «los rescates de que estos indios usan es algodón y bija, que es una semilla de unos árboles como granados, de la cual hacen u betún que parece almagre o bermellón con que se pintan los cuerpos y las mantas que traen vestidos» (Aguado, 1956:TI:466).

La organización social de los aborígenes Chitareros estaba compuesta por núcleos de asentamiento disperso, seminucleado y nucleado; de este último, algunos se ubicaban en los valles fértiles rodeados de cadenas montañosas, permitiendo el acceso a distintos

pisos térmicos y ambientes ecológicos a muy corta distancia, con una gran oferta de recursos. Los asentamientos en valles fértiles cercanos a cadenas montañosas se convirtieron en puntos estratégicos para el asentamiento y el comercio, lo que condujo a los españoles a fundar pueblos con características españolas en los valles.

Los núcleos de asentamiento en forma de poblados indica una forma de organización social compleja y estratificada. Hernán Pérez de Quezada, describió el primer asentamiento nuclear de los Chitareros: «Y pasando adelante fueron a dar a unos pueblos de indios que ahora sirven a Pamplona, llamados Cámara y Mogotocoro. Llegados a la provincia de Tequia y de los Cercados» (Aguado, 1956:TI:334).

Esta descripción de poblaciones indígenas con claros niveles de estratificación social, conducen a pensar en formas de organización social en torno a la figura del cacique, el cual tenía un sitio de habitación del tipo "cercado" al estilo de los grandes jeques o caciques Muisca, desde donde se erigían relaciones sociales de carácter comunitario y redistributivo. En los Chitareros, esta expresión de organización social jerarquizada y centralizada en torno a un cacique como máxima autoridad se puede observar en Silos y el valle del Zulia, en donde estaba uno de los asentamientos con mayor población aborigen, de la cual derivó el nombre de provincia de los Chitareros.

El poder y la jerarquía política se legitimaba socialmente y se exaltaba en los momentos más importantes de su existencia como eran sus fiestas y rituales asociados a la despedida terrenal de sus jefes: «Es gente que no sabe guardar nada [en sus rituales], porque en cogiendo sus labranzas se convidan unos a otros, y en bebida y comida lo gastan todo, sin dejar nada. Sus cantos y borracheras y entierros son como los indios Moxcas. Son muy grandes herbolarios[coca], y así se matan unos a otros muy fácilmente y con poca ocasión» (Aguado, 1956:TI:466).

Esta situación ritual y majestuosa asociada a la muerte de un jefe, muestra el nivel de estratificación y el marco de transición social en la sucesión del cacicazgo cuando moría el capitán o jefe principal, en la que se ratificaba el sucesor como el indio más valiente, mostrando que en esta estratificación, el shamán como figura social es diferente al cacique principal.

5. El Espacio Político: Pueblos, Caciques y Guerra

En la antropología y la arqueología, el concepto de cacicazgo se ha considerado tradicionalmente como estadio social (Sahlins, 1958) con funciones económicas de tipo distributivo, con una dirección

política centralizada fundamentada en el parentesco y con una clara estratificación social basada en el liderazgo individual que le otorga un reconocimiento de poder y de autoridad apoyada por contenidos míticos y rituales.

Bajo esta perspectiva el cacicazgo se erige como un concepto que busca por un lado explicar las relaciones causales en la vida política y el ejercicio del poder en las sociedades humanas y por el otro, en los indicadores posibles en el campo de la cultura material y en la descripción de cronistas y fuentes de archivo que rebasen la analogía etnográfica por inducción no como proposición para contrastar, sino como algo singular o especial dentro del análisis.

Aunque Fray Pedro de Aguado (1956) da a entender que entre los Chitareros no existía un cacicazgo como el de tipo Muisca, la misma fuente se reconoce la figura del capitán revestida de autoridad entre los Chitareros: Los naturales de este valle no tenían cacique, ni en toda la provincia de los indios que los españoles llamaron Chitareros lo tienen. La orden del gobierno que entre sí tienen es que en cada pueblo obedecen al indio más rico y más valiente, y a éste por capitán en sus guerras.

En este marco, el concepto de capitán tiene características de cacique las cuales aparecen en algunas descripciones de pueblos indios, dentro del marco de la "Confederación étnica", en donde son evidentes los niveles de jerarquía y reconocimiento social al destacarse por su valentía en las guerras, lo que por su puesto, estaba amarrado a la distribución de los recursos ofreciendo estabilidad al cacicazgo, tal como se puede constatar a partir de la descripción de estos pueblos, como a continuación sigue.

5.1. Pueblo de Centimale

Una vez que se instalaron los españoles en el valle del Zulia de la actual Pamplona, el capitán Pedro de Ursúa realizó una incursión en la población de los Centimali ocupado por los indígenas Matadrira: «dando muchas voces llamaban a los moradores de él que saliesen a defender sus tierras y casa y haciendas y volviéndose a los españoles les hacían grandes fieros y ademanes con cuerpos y piernas, haciéndoles la pernetá en señal de que los temían en poco, y que en muy breve tiempo tomarían venganza de su loco atrevimiento por haber entrado en sus tierras tan osada y libremente» (Aguado, 1956:TI:466).

El pueblo Chitarero de Centimale tenía formas de organización jerarquizada, con claras manifestaciones guerreras lo que permite

entrevier un cacicazgo bastante sólido: «Los indios, no haciendo caso de lo que Pedro de Ursúa por sus lenguas les decía, mostrábane mucha cantidad de sogas que traían ceñidas a los cuerpos, diciendo que con aquellas sogas los habían de llevar atados para se holgar con ellos en sus borracheras y bailes» (Aguado, 1956:TI:467).

En el marco de la guerra de los distintos grupos chitareros se unían e involucraban la guerra al ámbito ritual: Los indios Matagira se organizaron en «tres escuadrones, con mucha música, la cual ellos hacen con unos calabazos largos como trompetas y en buena orden venirse hacia ellos por tres partes» (Aguado, 1956:TI:468). En esta defensa del territorio se puede entender que los indígenas chitareros establecían alianzas para la guerra, previa organización social estructurada en la exogamia, logrando garantizar la permanencia chitarera en su territorio a través de la fuerza de la alianza, de la cual participaba el cacicazgo de los Chinácotas del mismo valle.

5.2. Cacicazgo de los Chinacotas

El cacicazgo de los aborígenes Chinácotas fue contactado cuando los españoles al mando de Pedro Ursúa entraron al valle de Chinácota, «acordó el capitán que todos juntos se fuesen al valle de Chinacota, en el cual hallaron un pueblo con más de setecientas casas de naturales, cuyos moradores estaban ausentes porque eran los que en Centimali habían dado la guazabara a los nuestros, juntamente con los Matachira, y así el general paso de largo, y en tres días descubrió y vio todas las poblaciones de todo el valle de Chinacota, hasta llegar a la provincia que se dice Bochaga» (Aguado, 1956:TI:468).

En el espacio político es evidente el espacio de la guerra como respuesta de la comunidad ante la presencia de la hueste española, cuya estrategia de guerra indígena se basó en la emboscada de ésta: «Hállase entre ellos un indio, más amigo de guerra y de defender su tierra por las armas que los otros; y éste, con loco atrevimiento, hizo a todos los bárbaros que se escondiesen en unos pajonales tendidos en tierra para no ser vistos de los nuestros, y estando así en emboscada fuesen más parte para por la retaguardia dar a los españoles y desbaratarlos o hacer algún daño; y este indio, que servía de sargento, quisieron probar sus fuerzas, y viendo que los nuestros estaban cerca, con un muy grande alarido se levantaron y arremetieron contra los nuestros, en muy breve tiempo desprendieron sobre ellos una multitud de flechas donde se trabó una muy reñida pelea» (Aguado, 1956:TI:469).

5.3. Cacicazgo de Ima

Este cacicazgo se referencia en la incursión de Pedro de Ursúa entre 1549-1550 en el Valle de Ima ubicada en las sierras de Mérida. En este cacicazgo la guerra definía la estructura jerárquica del poder en el que la valentía jugaba un papel importante. El fraile narra que el cacique principal del valle de Ima envió tres indígenas de su grupo con el fin de saber quienes eran los españoles. Los tres aborígenes se involucraron en la caravana de la hueste española intentando cumplir lo encargado por el cacique principal (Aguado, 1956).

Dentro de la etnia de los Chitareros, se notan distintas actitudes en cuanto a la concepción y estrategias de la guerra, lo que junto al comportamiento de otros grupos, da pie para pensar en la existencia de diferencias regionales: «El general y sus soldados se estuvieron quedos, sin salir a parte alguna, aguardando la respuesta de los indios, y no con mucho descuido de sus personas, por tener entendido que su paz y ruego no había de ser aceptada ni recibida por los bárbaros, sospechando que había de ser lo que fue: que oída la embajada por los indios que el general les enviaba, pareciéndole que no les estaba bien sujetarse a gente nueva ni obligarse a nuevos gastos de comidas y otras cosas que ellos imaginaron se les había de ofrecer y añadir de trabajo, y muerto, los cuales se habían venido a él huyendo a esconderse de los españoles. Estos indios estaban asidos unos a otros, echados en tierra, si oír cosa de las que se les decía, y sin poder apartarse unos de otros, de tal manera que si algunos soldados asían y tiraban de algunos, todos los demás iban tras ellos asidos. Y era tanta la cantidad de ellos que había un montón de más de tres y cientos varones y hembras, chicos y grandes; lo cual les había venido y procedido de una tempestad de granizo y aire que había pasado. Otros muchos estaban metidos en el agua hasta la cinta, y sacando las cabezas hacían mucho meneo y visajes con los ojos que parecían locos y sin juicio: y así les quedó este nombre de locos a los indios que en este valle de Socorima después hallaron, y el valle se dice hoy el valle de los Locos» (Aguado, 1956:TI: 474). usando de la antigua costumbre que tienen en sus guerras de enviar aviso antes de acometer, tornaron a enviar los mismos tres indios al general y españoles, diciendo que la respuesta que les daba a su petición era que ellos no tenían comida que les dar si no era flechas y dardos y macanas y piedras; que les hacían saber que con estos manjares y comidas les vea aquí voy domingo venían a servir. Desbaratados y muertos los indios, los españoles se alojaron en sus propias casas, donde estuvieron seis días talando las comidas y árboles «(Aguado, 1956:TI:472-473).

5.4. Cacicazgo de los Aborígenes de Socorima

Los indígenas del valle de Socorima parecen un cacicazgo menor con parado con los ya mencionados y vecinos de los aborígenes del valle de Ima, que las fuentes de cronistas no eran belicosos como los demás grupos: «Alzó su campo y fue marchando con él la vía de sierras nevadas, hasta llegar a un valle llamado Socorima, donde los naturales de él salieron de paz, trayéndole mucha comida y algún oro en chágualas por presente y fijeza de su amistad, de su propia voluntad se habían sometido a dar la paz prontamente, partiendo con ellos de sus comidas y oro; y así por este mandato, y por

ser los indios de este valle de Socorima gente muy dócil y de buena digestión, fueron allí recreados los españoles de comidas de mucha abundancia, y con mucho contento descansaron en él algunos días» (Aguado, 1956:TI:473-474).

La información del cronista no especifica una organización social compleja, pero de ésta, se puede inferir que era un cacicazgo jerarquizado, pues se menciona que poseen «chágualas de oro», que por referencias etnohistóricas se sabe que constituyen representaciones antropomorfas asociadas al mundo mágico religioso y a la vez, representa los símbolos de jerarquía y autoridad de las élites políticas.

5.5. Cacicazgo de los Aborígenes Chiracotas

El cacicazgo de los indígenas Chiracota se reconoce por medio de la incursión realizada por el capitán Peralonso de los Hoyos: « fue con treinta hombres a la provincia de Chiracota, a llamar algunos indios de paz, que al presente servían, a traer algún maíz para el sustento del pueblo[Pamplona]; con este designio salió, vía del valle de Chiracota» (Aguado, 1956:TI:475).

En su forma de organización cacical también prevalecía su actitud belicosa y guerrera como mecanismo de cohesión social: «Con mucha presteza [Juan Rodríguez Suárez] fue cercado de los indios que en su comarca[el fraile considera un asentamiento indígena muy consolidado de modo que lo lleva a utilizar el concepto comarca] estaban, con mucha vocería y armas, muy confiados en su victoria pasada» (Aguado, 1956:TI: 476).

5.6. Cacicazgo de los Aborígenes del Valle de Santiago

El cronista no referencia el nombre de la comunidad, por eso se ubica como el cacicazgo del Valle de Santiago nombre que le dio el capitán Juan Rodríguez Suárez encargado de la hueste. Los indígenas

de este valle de Santiago, tenían una organización social y política compleja, bajo el modelo cacical, en donde la valentía y el conocimiento de la guerra, eran los mecanismos directos de acceso a la dirección de la cúspide cacical.

El marco de la guerra como expresión de la cohesión social y la respuesta política de esta comunidad se puede apreciar aquí: «Subió a lo alto Juan Rodríguez Suárez y los que de vanguardia con él iban, hallaron tan apunto a los enemigos que los salieron a recibir con las armas en la mano, repartidos por sus escuadrones de ciento en ciento, todos con pavesas en las manos que les cubrían lo más del cuerpo y arcos y fechas y algunos dardos y macanas, y juntamente con esto todos aliente de salir, conforme antigua y general costumbre, hartos de vino o chicha, estaban los cuerpos desnudos muy untados y engalanados con bija y jagua y otras colores. Su acontecimiento fue con tan buen brío y furia que, aunque caían algunos, pasados de las espadas y pelotas de los arcabuces y alanceados de los jinetes, no por eso se retiraron con la presteza que los otros indios lo suelen hacer, hasta que de todo punto, viendo el gran daño que se le hacía, reconocieron la ventaja que los nuestros les tenían, y así, aunque tarde, subiendo por unas laderas arriba que sobre el propio estaban, dejaron el campo y lugar a los españoles, poniéndose en lo alto a hacer muy grandes fieros y desgarros de que volverían con más pujanza de gente sobre los nuestros» (Aguado, 1956:TII:135-136).

5.7. Cacicazgos de los Aborígenes Humigria y Cariqueña

En los valles de Valegrá y la Grita estaban ubicados los asentamientos indígenas de los cacicazgos de Humigria y Carqueña, reseñados luego que los españoles cruzaron el páramo de San Bartolomé. Estos aborígenes organizados en torno a una autoridad ejercida por el cacique y al igual que los otros grupos Chitareros también fueron belicosos para rechazar la conquista española: «Dieron [los españoles] de súbito en el pueblo, cuyos moradores hallaron con armas en las manos, que era mucha y muy buena flecharía» (Aguado, 1956:TII:140). Sobre este cacicazgo es muy simple la información y no permite hacerles mayor análisis.

5.8. Cacicazgo de los Aborígenes Bailadores

El cacicazgo de los indígenas bailadores estaba ubicado en el valle de los Bailadores cerca a las sierras nevadas de Mérida (actualmente corresponde a los Andes colombo-venezolanos), tenían

una organización social basado en una estructura jerarquizada guerrera, en cuya belicosidad los indígenas más destacados tenían a la unidad más representativa. En este valle del Chama: «por el valle abajo caminó Juan Rodríguez, que es llano y escombrado, hasta llegar al arcabuco y poblazón de los indios bailadores, llamados de este nombre por respeto de que, cuando salen a flechar o dar guazabara nunca están seguros con el cuerpo, sino meneándose y moviéndose y saltando de una parte a otra, y haciendo otros visajes brutales» (Aguado, 1956: TII: 144-145).

Tal comunidad nativa involucró en su cultura simbólica de guerra el ritual del inframundo con las pinturas de colorado y negro que con sus respectivos adornos reflejan la compleja estructura social de resistencia hacen al otro. Ahora consideramos la existencia de este cacicazgo independiente de los otros pero a el mismo entendemos que ser chitarero tanto en sus vestidfos como las intensas guerras.

"Porque estos bárbaros jamás habían visto españoles ni tenían noticias de su valor en guerras, aunque les ponían algún pavor ;ps terribles aspectos que en ellos y en sus caballos vían... y así pretendían arrojarse entre los nuestros y tomarlos vivos, porque cada cual de los bárbaros tría consigo una gruesa cabuya ceñida al cuerpo para llevar atado al español que le cupiese de parte o suerte... después de haber peleado bues trato y haber muerto en la pelea que queriéndose señalar por más valiente y esforzados, aunque vían a sus compañeros heridos del primer ímpetu y arremetida, se acercaban y llegaban a los nuestros, ofreciéndose ellos propios de su voluntad a la muerte" (Aguado, 1956: TII: 145).

6. La Guerra

Como se puede observar, todos los grupos Chitareros exhibían un patrón ritual ante la guerra de conquista: ademanes, cantos, simbolismo en sus cuerpos y voces de guerra, todo ello, amarrado a estrategias de participación masiva y de ordenamiento en forma de escuadrones, involucrando a todos los grupos que componían la etnia: «El valle de Rabichá, muy poblado de naturales y todos puestos en guerra, como también lo estaban -de- los valles circunvecinos» (Simón, 1981:TI:207), como el valle de Chinacota, en donde los españoles conocieron la expresión chitarera de la guerra en defensa de su territorio.

En el marco de la guerra se utilizaron armas defensivas a manera de trampas en los caminos y lugares de habitación, como en el valle de Santiago: «porque en el camino que este día había llevado se le había estacado y lastimado un caballo de ciertas estacas o dardos que para este efecto tenían los indios puestos por junto al camino, entre altos pajonales» (Aguado, 1956:TII:137).

En el marco de la respuesta o resistencia indígena contra los españoles diseñaron tácticas y estrategias militares y respuestas sociales como el suicidio. Ante la pérdida de la lucha frente a la superioridad española, los indios, optaron por destruir sus logros materiales y trasladarse a zonas más lejanas previamente quemando sus poblados, como sucedió con las comunidades del valle de Santiago: «Y así casi todos los pueblos de este valle donde Juan Rodríguez llegó alojarse los halló quemados y arruinados de sus propios naturales» (Aguado, 1956:TII:137).

Dentro del ámbito de la guerra hay un patrón cultural, que expresa la concepción simbólico y ritual de la guerra que estaba presente en el imaginario colectivo de las comunidad chitarera. El marco simbólico y ritual de la guerra, los españoles lo conocieron perfectamente, como se puede deducir de la descripción del relato, una vez finalizó el combate: «Alojase Juan Rodríguez, con toda su gente y carruaje, en el propio pueblo de la guazabara ... le flecharon a Rodrigo del Río y le mataron un caballo de ciertos flechazos y lanzadas que le dieron, al cual después de muerto hizo quemar en un bohío y convertirlo en polvo y ceniza, de suerte que los indios no hallasen rastro de él ni de su muerte, porque los caballos no perdiesen la reputación que acerca de estos bárbaros tenían que por verlos de tan terrible y feroces aspectos, que es doblado cuando andan en guazabaras por andar cubiertos con unas cubiertas colchadas de algodón que los hace muy espantables, entendían los caballos ser inmortal y que no les empecian asechanzas ni heridas» (Aguado, 1956:TII:136-137).

Se desprende de esta información de la crónica la representación mágico - ritual en la guerra previo al enfrentamiento, en donde era frecuente el consumo de alucinógenos y la chicha, la utilización de la bija y jagua, para transformar el rostro de una forma macabra, lo suficiente para aterrorizar al enemigo y poder imprimirle una influencia negativa y contrarrestar su poderío, complementada con una gran actividad simbólica y ritual.

7. La Religión, Shamanes y Creencias de los Aborígenes Chitareros

Las representaciones de los rituales simbólicos del mundo religioso indígena se erigían sobre una estructura profundamente compleja y lo sagrado penetraba toda la vida social, cultural y productiva de la etnia. En estas estructuras religiosas se destacaba el shamán, sobre el descansaba el mundo mítico de cada comunidad con todo su conocimiento e historia tradicional, que sólo se podía manifestar en la complejidad de cada ritual en momentos específicos como la siembra y la guerra.

En este sentido las creencias religiosas en la cultura Chitarera era un sistema que abarcaba toda la vida social: «todos sabemos que los indios conversan con el demonio, pero se industrialian para no decir lo que hablan con él» (A.G.N. Misceláneas, Encomiendas, XI:F 321). Esta vitalidad religiosa de los Chitareros, le preocupa al primer poblador español en la provincias Chitarera, el capitán Ortún Velasco: «hoy en día por Justicia ahorcan mohanes y hechiceros en esta tierra, y con todo eso no los pueden acabar de evitar» (A.G.N. Misceláneas, Encomiendas, XXXV: F 556).

La comunidad aborígen de los Chitareros desarrolló una organización social muy relacionada con un mundo cósmico estructurado en torno a fenómenos escatológicos, en el que los fenómenos naturales influyen en la vida del grupo, amarrando su subsistencia al mundo mágico - ritual. Este marco se puede observar en las visitas realizada por el visitador Beltrán de Guevara, quien en uno de sus interrogatorios manifiesta las prácticas rituales en las juntas comunales en los santuarios aborígenes con la indumentaria pertinente al culto: «Si hacen juntas y borracheras para llamar a sus dioses y diablos, y si tiene santuarios, tunjos, plumerías y lugares donde ofrecen al demonio que ellos tiene por dios o dioses, oro, mantas y otras cosas» (A.G.N. Visitas de Santander, III:F 591).

Estas prácticas también se pueden observar en las respuestas, y aunque éstas son evasivas los términos utilizados en las respuestas permiten reconocer la práctica: «<<no tenemos, dicen, adoratorios ocultos, ni altares, ni tunjos, ni plumerías>>»; pero la opinión de los Encomenderos y Justicias es también casi unánime, en sentido de que sí los tienen, pero que «<<el demonio [shamán] les manda por su interés no confesallos>>»(A.G.N. Visitas de Santander, III:F 610 r).

El mundo religioso de la cultura Chitarera manifiesta una estrecha relación con su paisaje en torno a los mitos agrícolas de cuyas

características ecológicas y la efectividad del ritual, lograban beneficios para la vida comunal, pues incidían en los períodos de siembra y caza, en los roles familiares y en la misma defensa del territorio.

Esta religiosidad que cobijaba toda la vida social estaba estructurada sobre la autoridad del shamán: «Son estos indios idólatras, como los moxcas; tienen sus santeros o mohanes que hablan con el demonio, el cual les hace entender que él hace llover, entre los cuales hay uno principal, y este es un capitán del pueblo llamado Cirivita, que los españoles llamaron Fontibón. Este santero les hace entender que habla con su dios falso y le dice lo que les ha de suceder, y a éste veneran y ofrecen sus ofrendas» (Aguado, 1956:TI:466), lo cual era ejercido en lugares sagrados.

7.1. Centro Ceremonial de la Laguna de Otibón en Cacotá como Lugar Sagrado

Según Fray Pedro de Aguado (1956), los Chitareros tenían un centro territorial cultural lingüístico en donde parece confluía el eje de la organización política y religiosa de la misma en el sitio de la laguna de Otibón que estaba dirigida por el cacique Cirivita en el sector lacustre de Cacotá.

Este centro de adoración y sacrificio era el lugar de encuentro de la comunidad chitarera, porque en este espacio social en la laguna de Otibón estaba rodeado de un extenso bosque andino en el que seguramente el indígena y la comunidad nativa recreaba su espíritu en un estado de éxtasis del culto a la madre naturaleza. El fraile Simón aduce lo siguiente: « En la ciudad de Salazar de las Palmas perteneciente a la jurisdicción de Pamplona se encuentra una piedra altísima, a la cual se puede subir fácilmente y en cuya cumbre, se ven bajo relieves de serpientes, tigres y otros animales que fueron en otro tiempo los ídolos a los cuales sacrificaron los pueblos del río Zulia y del Valle de Cauca [Cacotá]» (Simón, 1981:270).

En síntesis en las prácticas religiosas de los indígenas persistieron durante gran parte del Período Colonial, posteriormente el ritual religioso indígena se fusionó con rituales de la cultura castellana por medio del sincretismo, generando con ello el nacimiento de una cultura mestiza que hoy llamamos hispano-cristiana y que tiene elementos y manifestaciones indias.

Archivos

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION (A.G.N.). Misceláneas, Encomiendas. **Bogotá**. T XXXV.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION (A.G.N.). Caciques e Indios. **Bogotá**. T XI.

Bibliografía

AGUADO, Fray Pedro. (1956). **Recopilación Historial**. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones. Tomo I.

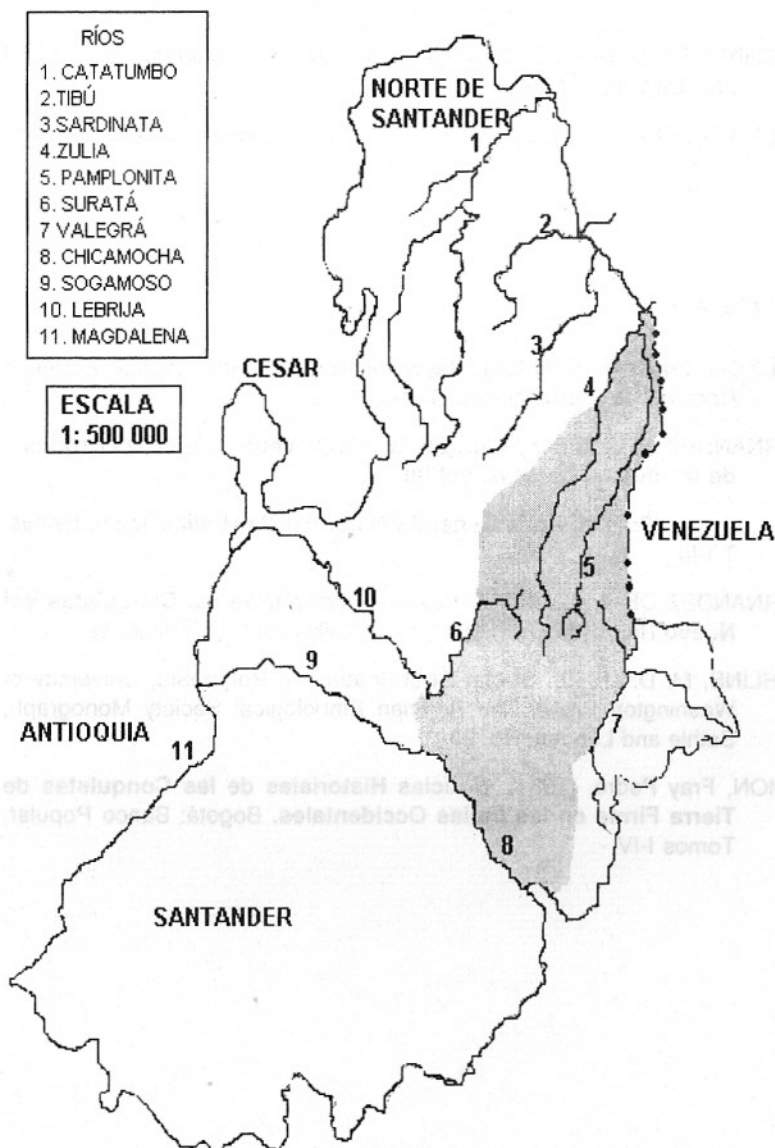
FERNANDEZ DE OVIEDO y VALDES, G. (1962). **Venezuela en las Crónicas de las Indias**. Caracas. Vol I-II.

_____ (1959). **Historia General y Natural de las Indias**. Madrid: Atlas. T I-III.

FERNÁNDEZ DE P., L. (1973). **Noticia Historial de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada**. Bogotá:kelly. Vol I-II, Capítulo V.

SAHLINS, M. D. (1958). **Social Stratification in Polynesia**, University of Washington Press, The Amerian Ethnological Society Monograph, Sathle and London. No. 29.

SIMON, Fray Pedro. (1981). **Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales**. Bogotá: Banco Popular. Tomos I-IV.



**EL TERRITORIO DE LA ETNIA DE LOS CHITAREROS EN EL
SIGLO XVI
EN LA ACTUAL REPÚBLICA DE COLOMBIA**